

JUAN E. HERNÁNDEZ Y DÁVALOS

COLECCIÓN DE DOCUMENTOS PARA LA HISTORIA
DE LA GUERRA DE INDEPENDENCIA DE MÉXICO

DE 1808 A 1821

TOMO II

Coordinación

VIRGINIA GUEDEA
ALFREDO ÁVILA



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
2007

NÚMERO 3

Proclama del arzobispo virrey, exhortando a la unión para resistir a los franceses

Proclama del arzobispo virrey de Nueva España a los fieles vasallos de FERNANDO VII

HABITANTES DE LA NUEVA ESPAÑA

Vuestro virrey habla, escuchadle. ¡Y con cuánta confianza debéis oírle, pues acostumbrado al estilo y dulzura de padre no puede hablaros de otra manera! Vasallos de Fernando VII, que con este nombre he de llamar a cuantos están bajo mi paternal cuidado y gobierno, sabed, que dos cosas hacen a los pueblos desgraciados, el temor y la desunión. El temor los hace cobardes y esclavos; la desunión débiles y víctimas de la opresión. Yo os quiero animosos y valientes, y os quiero unidos siempre y hermanos. Y porque deseo vuestro bien os ruego como el grande apóstol Pablo a sus hijos los de Corinto por el nombre de nuestro señor Jesucristo, que tengáis todos unos mismos sentimientos e ideas, doliéndome íntimamente que haya entre vosotros divisiones y diversas opiniones en unos días, en los que todos debemos tener un mismo corazón como los primeros fieles, pues profesamos la misma religión, suspiramos por un rey afligido, se nos quieren robar nuestros bienes, esclavizarnos, y lo que es peor apartarnos de los caminos de la salvación, que a ello conspira el enemigo de Dios y de los hombres, pues como buen discípulo de Luzbel sabe que la división hasta en el cielo fue la ruina de los ángeles.

Jurasteis a Fernando por vuestro rey; y en este punto que es el cardinal y característico del día permanecéis todos firmes y constantes. En su consecuencia estáis resueltos a derramar la sangre en defensa de esta preciosa parte de sus dominios, y por conservar este asilo a su persona sagrada, en caso (que no permitirá el cielo) de que el

tirano opresor de la Europa se apoderase de todas las provincias de la antigua España. Lo jurasteis así, ¿pues qué teméis? Sea lo que fuere de la suerte de su madre y hermana la antigua, la Nueva España no reconocerá jamás otro rey que Fernando VII y sus sucesores, mientras quede un solo vástago de los Borbones sobre la tierra. No, la Nueva España no será presa del águila rapante de Córcega. Si ésta ha ensangrentado sus uñas en una gran parte de las provincias españolas, es porque saltó con perfidia las barreras de los Pirineos, sorprendió nuestras principales plazas y fortalezas, engañó a nuestro rey adorado; y porque acometió a la nación generosa y valiente cuando se hallaba desarmada. Sin embargo, demasiado se ha defendido ésta, mucha sangre le ha costado al usurpador, y famosos monumentos de valor, de patriotismo, de heroicidad y de gloria, han dejado para la posteridad nuestros hermanos que pelean todavía sin haber sido sojuzgados después de dos años, cuando el tirano ha destruido en pocos días repúblicas, reinos e imperios poderosos. No destruirá así la España; debemos esperarle a vista del entusiasmo y valor con que quedan nuestros hermanos de las provincias libres, a vista de la serenidad con que han oído la vuelta del pacificador del Austria, a vista de la energía y espíritu con que nuestro gobierno soberano acaba de declarar la guerra a la Dinamarca, potencia a que la América nada tiene que temer; y a vista de que aún existimos nosotros para auxiliar la patria común. Pero no destruirá Napoleón el imperio de Fernando en México; esto yo lo aseguro confiado primeramente en Dios, y después en las pruebas que me habéis dado, y en el conocimiento que tengo del estado de estas provincias de mi cargo. Vasallos de Fernando, para nosotros no hallará disculpa la posteridad, porque ni el engaño ni la perfidia, ni la sorpresa pueden servir de vanguardia a los ejércitos del tirano. La inmediatez de España a la Francia, su comercio y amistad con ella, y los viboreznos ingratos que alimentaba en su seno aquella

incauta madre, dieron a Napoleón los conocimientos prácticos con que ejecutó la empresa de conquistar nuestra metrópoli. Mas consolaos: Bonaparte ignora la verdadera fuerza que reside en la Nueva España para resistirle; ignora vuestro carácter y vuestra ilustración. Él cree que los habitantes de este reino son menos aptos para sostener una campaña, que aquí no hay soldados, disciplina militar, cañones ni jefes que puedan contrarrestar las débiles tentativas que hagan sus tropas para dominarnos. Él piensa de vosotros, que los unos estáis sumergidos y afeminados en la opulencia, y que los otros sufrís un yugo duro e insoportable sepultados en las cavernas de las minas, donde él tiene decretado encerrar a todos. ¡Insensato! Te confundieras en este momento si vieses el número, agilidad y despejo de nuestros soldados, la bizarría y valor de nuestros oficiales, la pericia y denuedo de nuestros jefes militares. Te abismarías si entendieses el odio que profesamos a tu persona sacrílega, y al nombre francés; el amor de todos nosotros a Fernando; el patriotismo que nos anima, y el deseo que nos devora de vengar los ultrajes de la patria común, y de extinguir la raza y la memoria de los Napoleones monstruos de la irreligión y del despotismo. Vasallos de Fernando VII nos sobra valor, tenemos gente y recursos que no han cabido en la imaginación del tirano. Sabemos por otra parte cuáles son sus miras; esclavizar a este pueblo libre y feliz que es hoy la envidia del universo; apoderarse de la tierra del oro y de la plata, que nos haría sacar despiadado y cruel bajo la dura férula de sus atroces cómitres los mariscales del imperio; robar nuestros templos, saquear nuestras casas, violar nuestras vírgenes y matronas, dando a sus soldados en cada pueblo (¡palpita el corazón al oírlo! ¡La mano se estremece de escribirlo!) *Dos horas de saqueo y dos de lujuria...* éste es el premio y el sueldo con que el monstruo acostumbra pagar sus tropas.

¿Y lo consentiréis vosotros, generosa descendencia de aquellos héroes que

derramaron su sangre en el antiguo mundo por libertar a España de la dominación sarracena, y otros en este nuevo por establecer para la religión católica y para los sucesores de Carlos V, este hermoso, este vasto, este opulento imperio, que pudiese servir de trono al monarca español, y aun de cátedra a la cabeza de la Iglesia? ¡Ah! Yo me baño en un mar de delicias al ver exaltados vuestro patriotismo y fidelidad, erigidos vuestros ánimos, y ahuyentados muy lejos de vuestros corazones el temor, los recelos y las dudas sobre el partido que debe tomar en las actuales circunstancias la Nueva España y su virrey.

Pero no basta desechar el temor, es indispensable estar unidos y hermanados. Vasallos de Fernando VII ved aquí el único recurso con que puede lisonjearse el tirano Napoleón: *la desunión de unos y otros hermanos*. No creáis que su pericia militar, ni que la numerosidad y valor de sus tropas, le hayan hecho señor de los reinos ajenos. Su política maquiavélica ha sido el principal agente de sus intrigas y de sus victorias; la astucia con que ha sabido o sembrar la discordia o fomentarla, aprovechándose de ella para debilitar las naciones y pueblos, y sojuzgarlos.

Estad seguros de que no ha faltado entre sus infames satélites quien preciado de tener conocimientos prácticos de la América, le haya hecho concebir, que la distinción de criollos y gachupines es una cimiento de emulaciones, envidias, resentimientos, y aun de odio y de diversidad de opiniones en orden a la causa pública. ¡Y qué ufano estará el malvado corso con estas falsas noticias! ¡Qué combinaciones y cálculos habrá ya formado en su delirante imaginación! ¡Qué torres de viento tendrá ya levantadas sobre unos principios tan faltos de exactitud!

Los sencillos nombres de gachupín y criollo han servido por espacio de trescientos años para indicar solamente el nacimiento personal de los españoles habitantes de este

nuevo mundo: pero jamás han merecido distinción para el aprecio, los empleos y los honores, ni en la consideración de las leyes, ni en el ánimo de los monarcas. Gachupín es un español nacido en Europa; criollo es un español nacido en América; gachupín es el padre del criollo; criollo es el hijo del gachupín; gachupín es el marido de la hija del criollo; criollo es el abuelo de los hijos del gachupín. ¿Qué más? Los criollos y los gachupines son como dos hermanos entre sí, o como un tío y un sobrino; porque o todos son hijos de españoles, o el gachupín es hermano del padre del criollo; y como tales han vivido tres siglos pacíficamente habitando unos y otros este floreciente, rico, y numeroso imperio. ¿Y quién que no sea el atolondrado conquistador del orbe podrá persuadirse una emulación perjudicial, y una desavenencia de voluntades entre el padre y el hijo, entre el marido y su esposa, entre dos hermanos que tienen un mismo abuelo?

El criollo da gustoso su hija y su caudal al español europeo; quiere, ama tiernamente a aquélla, y cuida éste, lo conserva, lo aumenta y lo hace pasar florido a los nietos del español americano. El español europeo noble y agradecido bendice cada día al cielo contemplando a su mujer e hijos americanos; bendice el pan que come, la tierra que pisa, el oro que gasta, y el aire puro, sano y templado que pacíficamente goza, distante dos mil leguas de la sombra venenosa de los Bonapartes y el español nacido en América generoso y hombre de bien, protege al europeo, le confía su hacienda, y se complace en unirlo a su familia. ¿Podrá pues persuadirse Napoleón que entre estas gentes tan íntimamente enlazadas por amor, por virtud, por sangre, y por interés haya jamás desavenencias mortales, implacables odios, aversión natural, que influyan en los sagrados intereses o de la religión, o del rey, o de la patria?

¿Y quién puede perturbar una unión tan libre, tan voluntaria, tan constante y tan

antigua? Ellos la buscan y la mantienen, y el alto gobierno la protege y la fomenta. ¿Quién será bastante a destruirla y enervarla? ¿Acaso las desgracias de la península madre? Antes bien es éste un nuevo motivo para estrechar el afecto mutuo de los que miran como propia la suerte de la patria común de sus padres y abuelos; a la manera que vemos cada día unirse más tiernamente y aun reconciliarse, si están reñidos los parientes cuando hay o una enfermedad grave o una muerte en la familia; esto lo dicta la naturaleza, lo persuade la razón y lo exige el evangelio; y no os hará Napoleón la injusticia de creeros ni inhumanos, ni necios, ni irreligiosos.

¿Será acaso la diversidad de opiniones? Pero éstas nunca se han versado cerca de los puntos cardinales *de una misma religión, unas mismas leyes, un mismo soberano*. Ni esas disputas, hablillas, y querellas pasan sino entre unos pocos ociosos sin educación, sin ideas, que fácilmente se enredan en cuestiones impertinentes y que no tienen juicio ni talento, para ventilar sin acalorarse. Estos tales sí son capaces de incomodar a la sociedad; mas no de inquietar al gobierno, ni menos de hacer apoyo a las miras del tirano que nos acecha.

Yo lo publico vasallos de Fernando, y lo declaro con suma complacencia: en el tiempo de mi gobierno en este virreinato, ni en la capital, ni en Valladolid, ni en Querétaro, ni en otro pueblo, en que ha habido algunos leves acaecimientos y rumores de desavenencias privadas he encontrado el carácter de malignidad que los poco instruidos han querido darles; pues ellos no han nacido de otro origen que o la mala inteligencia de algunas opiniones relativas al éxito de los sucesos de España, o de falsas imposturas en que se ha desahogado el resentimiento personal. Y en esta inteligencia he procedido y procederé en semejantes particulares acontecimientos en cuanto baste a acrisolar la conducta de los

inocentes, y a corregir las equivocaciones y ligereza de los otros. Y pues vuestro virrey está tranquilo vivid vosotros también seguros; no dudéis que en medio de su quebrantada salud se desvela por perpetrar entre todos vosotros la felicidad, y que su sistema, como lo habréis experimentado, es dar a todos indistintamente pruebas de un igual amor y consideración con las gracias, honores y empleos que pueda conferir, o en propiedad o interinamente, en uso de las facultades que le están confiadas por la soberanía.

Vasallos de Fernando VII, si a alguna emulación ha de darse lugar entre vosotros, sea a aquella noble y generosa que habéis acreditado desde que llegó a vosotros la infausta noticia, del cautiverio de nuestro idolatrado rey, y de que yo he sido testigo y panegirista. ¡Oh días del admirable triduo de la Santa Iglesia, en cuyas noches desde la cama me trasladé al púlpito! Yo no puedo traeros a la memoria sin anegar en tierno y dulce llanto ambas mejillas. Yo vi también antes enlazados por esas calles victoreando a Fernando y execrando a Napoleón, al español con el indio, al soldado con el paisano, al clérigo con el jornalero, al religioso con el artesano: un espíritu, una alma, una voz, una aclamación se veían y escuchaban.

¿Pues qué genio infernal que no sea desprendido del seno de Bonaparte y habite ocultamente entre vosotros, intentará desuniros cuando existen las mismas causas que tan cordialmente os estrecharon en aquellos días? ¿Fernando en prisiones y España invadida del tirano y pérfido amigo? ¿Decretada en su imaginación frenética su total ruina y destrucción? ¿Qué? ¿Menos unión cuando hay más riesgo? ¿Menos amor a Fernando cuando más oprimido y amenazado de perder la corona de sus padres y los pueblos que le dio el cielo? Os injuria quien cree esto de vosotros. ¿Cómo? ¿Cuando agradecida vuestra madre España a vuestra fidelidad, y a vuestros auxilios no cesa de confesar, que a ellos

debe en gran parte su subsistencia y sus glorias militares, y que en sus hermanos de América tiene puestas las esperanzas de su restauración completa, habíais de permitir que en sus más grandes apuros recibiese noticias menos halagüeñas de vuestra franqueza y amor filial? ¿Y qué diría la Europa hasta aquí atónita de vuestra heroica, inimitable y sin ejemplar conducta, si ahora entendiese de vosotros algún resfrío? Desmentid vasallos nobles de Fernando, desmentid con vuestra constancia las ideas inexactas e indecorosas que los extranjeros filósofos y políticos de Europa, han querido dar del carácter débil y mudable de los que nacen y habitan bajo la Zona Tórrida. Y vea el mundo y conserve la historia en sus anales, que el clima de América no hace degenerar la sangre ni las costumbres españolas; antes bien que los rayos del sol que hieren mas perpendicularmente sobre vuestras cabezas os hacen vivos en el ingenio, más espirituosos en las virtudes, y más entusiastas en el honor.

Así lo tengo yo experimentado como arzobispo y como virrey, y vuestro ejemplo sería para mí el mayor estímulo cuando la debilidad de mis fuerzas fuese capaz de entibiar el ardor y celo con que estoy dispuesto y pronto a sacrificarme en defensa de una y otra España, del rey de ambas y de todos sus derechos sacrosantos.

Sí: la defensa y libertad de la antigua España, de que depende la felicidad y quietud de la nueva, y la defensa de esta nueva, de que depende también la libertad de la antigua, son el objeto único de mis oraciones como pontífice y de mi celo y providencias como virrey y capitán general. Y después de tomar todas las que me parezcan eficaces para estos fines, cuando mi espada no sea necesaria, o conveniente al lado de las vuestras, os presentaré el agradable espectáculo de verme salir por las calles y por los campos acompañado de mi respetable clero secular y regular, con un crucifijo enarbolado a reclutar

nuevos soldados, fuertes y animosos, que unidos a los que ya tenemos impidan violar esta tierra por las impuras y sacrílegas plantas de las tropas francesas, y de cualquiera otras enemigas de la corona de Fernando VII.

Y aunque a mí me faltase, no el valor, pero sí la pericia militar, y viese numerosas tropas que nos venían a invadir, animado de una fe viva, y confiado en el poder del Señor de los Ejércitos saldría al encuentro de los enemigos, y les diría lo que David al gigante Goliat: *Tú atrevido vienes a mí con tropas y armas poderosas, yo saldré contra ti en el nombre del Señor.*

Esta resolución, vuestro valor, vuestra unión recíproca, vuestros generosos y abundantes auxilios pondrán en las orillas del Mar del Norte de este precioso continente un muro impenetrable a las armas desoladoras del tirano de la Europa, así como vuestra religión, vuestro talento y vuestra lealtad lo han puesto en vuestros corazones contra la seducción de aquel abominable perseguidor de la iglesia y del género humano.

Quisiera tener tiempo para extenderme en otras materias, que seguramente servirían de consuelo a los leales habitantes de estos dominios; pero lo omito por ahora por no permitírmelo las continuas y gravísimas ocupaciones, y el quebranto de mi debilitada salud. A todos os deseo la mayor paz como fundamento de nuestra felicidad temporal y eterna, y con el bastón en una mano, y con el báculo pastoral en la otra os bendigo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Palacio Real de México a 23 de enero de 1810.—*El Arzobispo Virrey.*

La edición del tomo II de la *Colección de documentos para la historia de la Guerra de Independencia de México de 1808 a 1821* estuvo a cargo de

Edna Sandra Coral Meza
Rosa América Granados Ambriz
Raquel Güereca Durán
Rodrigo Moreno Gutiérrez
Eric Adrián Nava Jacal
Gabriela E. Pérez Tagle Mercado
Claudia Sánchez Pérez

PROYECTO DGAPA PAPIIT IN402602